

I. HUMUS, HUMANO, HUMILDAD: TRES CONCEPTOS Y UNA MISMA RAÍZ

Si la única solución efectiva al cambio climático pasa por poner fin a nuestro frenesí productivo y consumista como aseguran muchos, entonces no hay solución. La experiencia nos enseña que la mayoría prefiere no pensar en el futuro a reducir sus necesidades. Y el gobierno que lo intente, una de dos: perderá las elecciones o las credenciales democráticas. El único modo de conseguir que los ciudadanos deseen lo que les conviene pasa por persuadirles, poco importa si con pruebas o narrativas, de sus beneficios. Ni qué decir tiene que solo se puede convencer a quien sabe escuchar y razonar. Si todavía hay esperanza, es porque somos aprendívoros. Nuestra supervivencia depende más que nunca de qué sembremos en el espíritu de las nuevas generaciones y cómo cultivemos sus mentes. La profesión de educador cobra un nuevo protagonismo en tiempos de ecocidio. Resulta imposible exagerar la importancia de la escuela en la metamorfosis de nuestra insostenible sociedad tecnocapitalista. La educación que necesitamos para salvarnos de nosotros mismos y transformar este mundo alienado y alienante debe inspirarse en el cultivo. Solo poniendo los pies en la tierra podremos dar el siguiente salto evolutivo.

La biografía del llamado abuelo de la permacultura tiene un aire de fábula. Merece la pena recordar las andanzas y desventuras de ese sabio con las uñas sucias de tierra, para entender la génesis de una idea llamada a transformar no únicamente la agricultura, sino también la educación y, en consecuencia, la economía, la política y la cultura. La única manera de invertir la inercia degenerativa en todos estos campos consiste en sustituir la lógica de la competencia por la de la colaboración y buscar en vez del máximo beneficio económico el mínimo impacto medioambiental, armonizando nuestras necesidades vitales con nuestros recursos materiales. Cuando nos resignamos a hacer lo imprescindible y vivir con menos, todo se convierte en una bendición. La única manera de dominar la naturaleza es obedecerla. Se trata de una teoría conservadora al servicio de una praxis revolucionaria, que encierra el germen de una esperanza duradera para nuestro mundo al borde del colapso.

Una de las pocas estrategias que nos puede ayudar a encarar el final del mundo como lo conocemos es la permacultura, una corriente con muchos afluentes: agroecología, agricultura orgánica, biodinámica y regenerativa, entre otras. El debate acerca de cómo producir alimentos saludables para una población de terrícolas en imparable aumento encierra otro no menos decisivo: cómo cultivar la mente y nutrir el intelecto de los menores a fin de que conserven la salud física y psíquica en un mundo enfermo de codicia y fascinado por la acumulación de riqueza. De mismo modo que se puede revitalizar la tierra sin necesidad de añadir fertilizantes ni aplicar fitosanitarios, haciendo que unas plantas velen de otras y favoreciendo determinadas asociaciones de insectos y rotaciones de cultivos, se puede crear un fértil entorno de aprendizaje, estimulando la curiosidad natural de los alumnos y retroalimentando sus ganas de saber. Una comunidad escolar o universitaria, que tomase como modelo la permacultura, funcionaría como un ecosistema, donde todos sus integrantes se benefician mutuamente y generan una esfera de influencia en su entorno.

X. CALLAR PARA VER

Sería absurdo defender una actitud antitecnológica cuando las herramientas digitales están llamadas a contribuir decisivamente a la solución de muchos de nuestros problemas más acuciantes, desde la crisis climática hasta la injusta distribución de la riqueza, pasando por el reparto del trabajo o la educación en una sociedad 5.0. La disyuntiva no se plantea entre innovación y humanismo, sino entre pensamiento crítico y credulidad conformista, entre mejores aproximaciones a la verdad y mentiras consoladoras más sofisticadas, entre un uso más inteligente de nuestros recursos cibernéticos o nuevas formas de esclavitud.

Aun cuando no estemos diseñados evolutivamente para conocernos a nosotros mismos, sino únicamente para sobrevivir, nuestra continuidad como especie depende a estas alturas de que nos transformemos en seres más conscientes, realistas y compasivos. Como aprendívoros que somos, nos enfrentamos a las urgentes tareas de adquirir nuevas rutinas mentales y de liberar nuestra atención de estériles señuelos para centrarnos en lo que de verdad importa. Son cada vez más las personas que comprenden la imperiosa necesidad de mantenerse alerta, salvaguardar la intimidad y resistir a la homogeneización. Desde distintos ámbitos se alza un coro de voces discordantes que celebran la lentitud en vez de la celeridad, abogan por el recogimiento en contraposición a la superficialidad y animan al cultivo de sí frente al culto al yo. Más que un movimiento organizado, se trata de una reacción espontánea de insubordinación digital y una expresión del vago malestar causado por la mercantilización de todas nuestras actividades. Los ecos de esa controversia resuenan también entre los muros de la escuela.

A fin de cuentas, todo empieza o acaba siendo un problema educativo y, desde luego, una prudente gestión de los recursos digitales no es ninguna excepción. En teoría, los centros deberían instruir a los menores en el manejo de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación; en la práctica, esas competencias se adquieren mayoritariamente fuera de las aulas. Tradicionalmente la institución escolar preparaba a las nuevas generaciones para el futuro, pero este se ha vuelto tan impredecible y volátil que solo cabe entrenarlos para que sean, de profesión, aprendices. De lo único que podemos estar seguros es de que nunca acabarán de formarse. Si hemos de creer las previsiones del Foro Económico Mundial, el 65% de los niños que se escolarizan hoy en día trabajarán en empleos que todavía no existen, lo cual plantea el arduo dilema de qué y cómo enseñar. Independientemente de cuáles sean las atribuciones de esos oficios 5.0 todavía por nombrar, las personas que los ejerzan precisarán, además de flexibilidad mental y creatividad crítica, dominio de sí y paz interior.

La escuela es el laboratorio donde se ensaya el futuro. En la enseñanza primaria y secundaria se experimentan los valores rectores de nuestra sociedad: igualdad de oportunidades, respeto a la diferencia, libertad de pensamiento, amor al conocimiento, entre otros, y se inmuniza contra la barbarie agazapada en la tecnología. En el ajetreo diario tendemos a olvidarnos de que el silencio es un aliado natural contra la ignorancia tanto de saberes como de aptitudes. Se precisa para concentrarse en la tarea, dialogar con uno mismo y suspender el juicio. Sirve tanto de lente de aumento para contemplar las contradicciones del mundo como de interruptor para darse un respiro de la agitación ambiente y volver la mirada hacia el interior. Pocas habilidades resultan más útiles a la hora

de transitar por la vida que saber abstraerse de cuanto nos rodea y tener la paciencia de callar.